



LOS DESIGNIOS DE DIOS
EN UNA CANTIMPLORA DE AGUA

Joaquín Barreira

LOS DESIGNIOS DE DIOS
EN UNA CANTIMPLORA DE AGUA



Primera edición: abril 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Joaquín Barreira

ISBN: 978-84-10253-32-2

ISBN digital: 978-84-10253-33-9

Depósito legal: M-10752-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A la memoria de mi padre y mi suegro, quienes, abocados al enfrentamiento por razones geográficas e impelidos a ello por quienes allí ostentaban el poder, supieron no obstante establecer en principio puentes de concordia y más tarde de comprometida amistad, que fructificaría, siempre de la mano del Supremo Hacedor, en el feliz matrimonio de sus hijos, coprotagonistas con ellos en esta obra.

Y dirigida a las jóvenes generaciones, en especial a las de la familia, para que, siguiendo su ejemplo, sepan interaccionar socialmente en la concordia en busca del bien nacional, desechando y combatiendo toda propuesta demagógica origen de la destructora discordia.

Agradecimientos

A mis profesores de PROA, Conte y López Orive, por su inestimable ayuda en el momento de mayor dificultad de la encrucijada de mí destino; en especial a don José Luis López Orive por haber mantenido la fe en mis posibilidades cuando yo la había perdido, y con su sabia orientación y apoyo me llevó a conseguir el *ikigai* de mis sueños de niño.

A mi amigo José Ángel Crespo Clemente, por su magistral representación fotográfica del escenario donde todo comenzó y es portada de esta obra ahora, y por esa pieza literaria que constituye el Prólogo que me brinda.

Y a mi cuñada Clara, cuyas pacientes, precisas y exhaustivas correcciones, aportan un imprescindible valor a la obra.

Los dados del destino siempre caen bien de la mano de Dios.

SÓFOCLES

Hay una divinidad que forja nuestros fines, por mucho que queramos alterarlos.

WILLIAM SHAKESPEARE

La vida de cada hombre es un cuento de hadas escrito por la mano del Señor.

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

Sin concordia no puede existir ni un estado bien gobernado ni una casa bien administrada.

JOAN MIRÓ

Habría que preguntarse desde cuándo empieza a deslizarse en la mente de los españoles la idea de la radical discordia que condujo a la guerra. Y entiendo por discordia no la discrepancia, ni el enfrentamiento, ni siquiera la lucha, sino la voluntad de no convivir, la consideración del «otro» como inaceptable, intolerable, insoportable. Creo que el primer germen surgió con el lamentable episodio de la quema de conventos el 11 de mayo de 1931, cuando la República no había cumplido aún un mes.

JULIÁN MARÍAS,

La Guerra Civil. ¿Cómo pudo ocurrir?

Prólogo

Comienzo a escribir este prólogo guiado por los sentidos, tratando de acercar al lector la cartera que tengo entre mis manos. Su superficie es lisa, de tacto suave. Desprende un leve aroma a cuero añejo y es de color marrón. En uno de los aros metálicos del asa, aparece un cordel enrollado con una llave diminuta. Con mucho cuidado y respeto procedo a su apertura. En su interior, me topo con tres libros, contiguos, unidos, como si de una familia inseparable se tratara. El primero, *Cobardía culpable*, un segundo *Mercedes la Valencia y el Péndulo del Talión*, y el tercero, el que precisamente usted está leyendo en estos momentos. Una trilogía colmada de acontecimientos históricos y familiares bajo el trágico marco de la Guerra Civil española, que quedará cerrada con la obra que nos ocupa, *Los designios de Dios en una cantimplora de agua*, bajo la autoría del escritor Joaquín Barreira Rodríguez.

Me gustaría destacar del autor esa búsqueda de neutralidad que trata siempre de aportar a sus obras, narrando los hechos de forma exhaustiva y sin tomar partido por ninguna de las partes implicadas. Destacable es el mensaje que trata de transmitir con sus trabajos, un mensaje en favor de la reconciliación de la sociedad española, intentando alejar las sombras funestas del enfrentamiento y la discordia, en donde el principal camino de convivencia sea el de la Concordia.

El gallego-azuarino cierra esta trilogía con un sobresaliente broche de oro, entregándose con una pasión desmedida, transmitiendo las más vivas experiencias vividas de cada uno de los perso-

najes. La historia narrada en esta novela es una compleja operación matemática conspirada por el universo, o uno de esos increíbles e inexplicables milagros de Dios, en donde el amor, la amistad y los sueños acaban venciendo sobre todas las cosas. La estructura de la obra se divide en tres partes cronológicamente diferenciadas. Toda la acción y acontecimientos gravitan sobre su principal protagonista, Manuel Barreira González: campesino de la Galicia profunda, hombre humilde y honorable, carismático, respetuoso y respetado, una persona de esas que dejan una profunda huella en los inciertos caminos de la vida.

En su primera parte encontramos una de las escenas clave de la novela. Un 3 de octubre de 1937, en plena Guerra Civil, se conocen en un arriesgado intercambio de agua por tabaco, el gallego Manuel Barreira luchando en las filas del Ejército Sublevado, y el azuarino Eduardo Blasco en las del Republicano, cuya vida es contada por el protagonista de forma paralela. Es en este punto donde los designios de Dios comienzan a forjarse de forma inquebrantable.

Como ya hiciera en sus dos anteriores novelas, el autor, gran conocedor de la historia militar, parte de una nutrida base documental utilizada con maestría para narrar los acontecimientos bélicos, y otros tantos de carácter civil.

Resulta entrañable la relación de verdadero amor entre Manuel y su hijo Quino. Un niño que adora a su padre, le admira, es su héroe, su máximo referente, le imita hasta convertirse en su sombra. Por otro lado, el padre, profesa todo su amor entregado a su protección, aportándole seguridad, creando fuertes lazos de amistad, ayudándolo en los malos y buenos momentos, guiándole en el camino que le lleve a alcanzar sus sueños.

El conocer personalmente al autor, y ser conocedor del desarrollo de la novela, me ha llevado a ver a Joaquín Barreira como una prolongación en el tiempo de su padre Manuel. Dos almas gemelas que han vivido en una perfecta simbiosis.

No puedo poner fin a este prólogo sin recuperar una frase en la que con elegante sensibilidad Joaquín pone de manifiesto el amor

que profesa a la localidad de Azuara, y a la familia que lo acogió, el pueblo de su esposa Mercedes, a la que conocerán entre estas entrañables hojas: «Tan a gusto hicieron que me encontrara allí, que supe entonces que aquel era el lugar donde siempre desearía volver a recuperarme de las heridas y tensiones de la vida».

Debo recomendar la lectura de este libro porque veo reflejado en él un ejercicio de superación que puede resultar referente y motivador para futuras generaciones soñadoras. En cuanto que constituye un grito de supervivencia, una lucha constante contra la adversidad, una declaración de amor inconclusa, y la prueba de que con trabajo, sacrificio y compromiso los sueños pueden ser alcanzados.

Vuelvo a tomar la cartera entre mis manos, impregnada esta de viejas nostalgias, de dolor, de miedos, de amor, de angustias, de esperanza, de ausencias. Introduzco en su interior estos tres libros que tan hondo han calado en mi alma, para volver a cerrarla con la llave de mis ojos.

Sin retener más tiempo la atención del lector: pasen página y disfruten de este magnífico libro.

JOSÉ ÁNGEL CRESPO CLEMENTE

Nota del autor

Esta historia cuya causalidad atribuyo a los designios de Dios, porque de «escribir derecho en renglones torcidos» se trata, cuando atañe al devenir existencial de sus personajes, cifrado en la búsqueda de la concordia para satisfacer sus necesidades en el inicio; consolidado en comprometida amistad después; para finalizar estableciendo vínculos familiares a través de sus hijos.

Constituye mi novela una narración en la que la ficción afecta en parte al modo en que se desarrollaron los hechos, no así en cuanto a su acaecimiento y a la existencia de sus personajes.

Y se configura en base a la relación de concordia, entendida como acuerdo de voluntades en aras de la supervivencia, surgida entre dos contendientes de la Guerra Civil a comienzos de octubre de 1937 en el frente de Belchite; mantenida después subyacente durante períodos de separación, para renacer en momentos de coincidencia en otros frentes; hasta consolidarse definitivamente en plenitud a principios de los 70 y tras décadas de olvido a causa del alejamiento físico, entorno a la defensa del noviazgo de sus hijos seriamente comprometido por la normativa profesional aplicable al varón para poder contraer matrimonio, lo que finalmente concluye con un desenlace de feliz historia de amor.

EL AUTOR

PRIMERA PARTE:

1937 A 1940

I

Trueque de una cantimplora de agua por tabaco

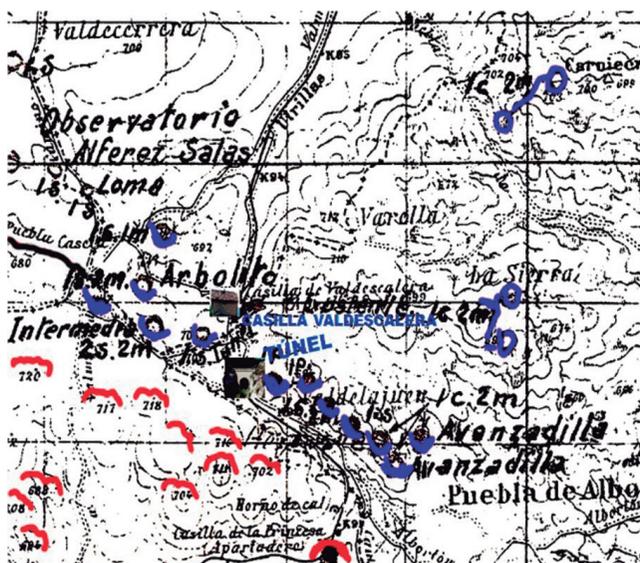
Mi nombre es Manuel Barreira González y, con la venia de todos aquellos que tengan a bien leer mi relato, comparezco para narrarles la historia de la que fui coprotagonista con Eduardo Blasco Marco, ahora mi consuegro, en cuyo nombre y representación hablaré cuando de sus vivencias se trate.

No teníamos más en común, que el haber sido reclutados por razón del lugar de origen y residencia, pero para formar parte de los Ejércitos enfrentados: él del Ejército Popular de la República, por residir en Azuara (Zaragoza), localidad en poder de la columna anarquista de Carod-Ferrer desde mediados del mes de agosto de 1936; y yo del Ejército Nacional, por haber nacido y residir en la aldea de Florderrei Vello del Ayuntamiento de Vilardevós en la provincia de Ourense, en poder de los nacionales desde el mismo momento en que se alzaron en armas.

Era media tarde del 30 de septiembre de 1937, cuando partimos a pie de Valmadrid (Zaragoza), adonde habíamos llegado de madrugada, el mando de mi Batallón, el 107 de la 105 División del Ejército Nacional; sus 2.^a y 4.^a Compañías —esta última era la mía—; y la Compañía de Ametralladoras.

Íbamos a ocupar posiciones a ambos lados de la línea férrea Zaragoza-Utrillas sobre el túnel de Valdescalera y frente a la Casilla de La Princesa, con la finalidad de evitar la infiltración del enemigo,

que contaba frente a nosotros con reductos bien enmascarados por la vegetación y a escasa distancia.



Veníamos de la provincia de Teruel donde, a poco más de un mes de su constitución y careciendo prácticamente de todo lo necesario para constituir una verdadera unidad combatiente, habíamos dejado patente nuestra ineptitud a título individual y la impericia del Batallón en su conjunto para el combate, en dos vergonzosos episodios protagonizados durante el mes de septiembre: el primero el día 3, en la defensa del paso de Sierra Palomera, existente en las inmediaciones de la ermita de la Virgen del Castillo, por donde discurre el camino que une las localidades turolenses de Camañas con las de Santa Eulalia y Torremocha de Jiloca; y el segundo el 26, en las posiciones de Los Cabezos de Singra.

De nuestra exigua impedimenta en aquel entonces, se iba a convertir en elemento fundamental la vieja cantimplora que me habían adjudicado en Casetas y que, a juzgar por sus abolladuras y estado, a buen seguro había tenido anteriormente varios adjudicatarios más, sin descartar su participación en otras campañas.

Siendo colaborador necesario en todos los hechos ocurridos durante la Contienda a los que haré referencia, mi primo Hilario, siempre en total simbiosis conmigo.

Dentro del despliegue de la 4.ª Compañía, a los de nuestra Sección nos situaron en el extremo de la línea de defensa, frente a la Casilla de La Princesa, desde donde se divisaba con claridad sus instalaciones y lo que pronto iba a ser objeto de deseo: su pozo.



Y comenzó a serlo tan solo un día después, cuando nuestras cantimploras rellenas en el aljibe de la Casilla de Valdescalera se iban agotando; pasando a hacerse obsesivo a medida que transcurría el día 2 de octubre con ellas ya vacías y sin visos de que nos fueran a aprovisionar; hasta convertirse en delirante llegado el mediodía del día 3, cuando ya casi deshidratados seguíamos sin tener noticia de que se nos iba a suministrar el líquido vital. Que, si en todo lugar y situación es fuente de vida, en aquel inhóspito terreno al que denominamos después como «el Infierno», donde el polvo calcáreo nos ahogaba, al tener que permanecer pegados al suelo mientras había luz para evitar ser cazados por los «pacos»¹ que, ocultos en el pinar y los arbustos, teníamos enfrente siempre al acecho.

Esta situación se hacía si cabe más angustiosa, porque en todo

1 En la Guerra Civil se utilizaba la palabra paco para referirse a los francotiradores. Esta acepción parece proceder del sonido del disparo.

este tiempo el jefe del Batallón y el alférez comandante de la Compañía estaban desaparecidos.

En esa situación de desespero estábamos, cuando a mi primo Hilario se le ocurrió la suicida idea de que, como esa noche nos tocaba hacer de «escuchas», él iría a coger agua al pozo.

De nada sirvieron mis palabras haciéndole ver que eso era ir a una muerte segura, porque precisamente el pozo iba a ser uno de los lugares más vigilados, pues como enloquecido su respuesta fue:

—Si tengo que morir y eso es lo que sucederá de una manera u otra en pocas horas, prefiero que sea de un tiro y no de sed, porque la muerte es más rápida. Así que, si me quedan fuerzas cuando se haga de noche y montemos el servicio, habrá llegado el momento.

Y llegó la noche y con ella la hora de situarnos en una pequeña elevación, tierra de nadie de día pues era susceptible de ser batiada tanto desde nuestras posiciones como desde las republicanas, situada en la margen izquierda del camino que, partiendo de la carretera que une la Puebla de Albortón con Valmadrid, se dirige al apeadero de La Princesa donde estaba el objeto de nuestro deseo; pues el terreno allí ofrece unas buenas condiciones de observación y a su vez de enmascaramiento, y a su ocupación los republicanos habían renunciado, para establecer su línea de vigilancia a lo largo de la línea férrea en su margen izquierda en dirección a Zaragoza, confiando sin duda en que para acceder a ella desde donde nos situábamos nosotros había que atravesar una profunda hondonada y subir un talud después, ambos despejados y susceptibles de ser batidos fácilmente desde sus posiciones.

Nos acompañó hasta el límite de la posición el cabo de la Esquadra y amigo, José Mosquera, quien nos despidió con un:

—¡Suerte! ¡Volved sanos y salvos! —añadiendo—: A ver si esta noche por fin nos traen el agua.

—Apañados estamos con el alférez comandante de la Compañía y el comandante jefe del Batallón —le contestó Hilario—, pues si tienen miedo a llegar hasta aquí, pánico le tienen al teniente

coronel para comunicarle la situación desesperada en que nos encontramos por la falta de agua.

—En fin —respondió Pepe Mosquera—, habrá que ver qué sucede, porque el sargento, que ya sabéis lo bravo que es, ha ido en su busca esta tarde, por segunda vez, para informarles de la situación crítica en la que estamos.

La desconfianza que entonces teníamos hacia el alférez comandante de la Compañía y el comandante jefe del Batallón era debida a la cobardía que ambos habían evidenciado en el transcurso de los vergonzosos episodios que protagonizamos en septiembre en la provincia de Teruel, y las muestras de pánico que ambos dejaban traslucir ante la presencia del teniente coronel jefe de la Media Brigada. Prevención hacia estos dos mandos, que iba a mostrarse como acertada pocos días después.

Después de dejar al cabo de la Escuadra, bajamos la pendiente con toda precaución para evitar resbalones que alertaran de forma temprana de nuestra presencia a los potenciales servicios de escucha republicanos, hasta llegar a la orilla de la carretera, que cruzamos a la carrera hasta llegar a los matorrales del otro lado, a través de los cuales avanzamos sigilosamente hasta situarnos en lo alto del montículo ocultos por la maleza, pero con una visión perfecta del camino, la vía, y la Casilla y su pozo.

La noche no era excesivamente oscura y de vez en cuando permitía que la luna iluminara la zona, por lo que estuvimos un rato observando si se veía algún movimiento en la Casilla y alrededor del pozo, llegando a descubrir un grupo de unas seis personas que bajaban del cerro desde el que los «pacos» disparaban sobre nuestras posiciones, y se distribuían de uno en uno a lo largo de su falda, en lugares cercanos a la vía, distantes entre sí de 100 a 200 metros y perfectamente enmascarados; pero nadie en la Casilla y en sus inmediaciones. Tras lo cual Hilario dijo:

—Bueno, ha llegado el momento, así que dame tu cantimplora si quieres que te traiga agua y déjame un momento la cadena con la medalla de la Virgen de Portas Abiertas porque, como no sé rezar, quiero hablar con Ella para pedirle me proteja.

Totalmente sorprendido por esta última petición, ya que mi primo siempre se había manifestado como no creyente, y asustado en el convencimiento de que se dirigía directamente a la muerte sin que se me ocurriese nada para impedirselo, accedí mecánicamente a ambos requerimientos.

No salía de mi asombro, cuando dejó mi cantimplora en el suelo, se arrodilló y dirigiéndose a la medalla de la Virgen que tenía en su palma derecha le dijo:

—Quién iba a decirme que un día iba a hablar contigo para pedirte algo, pero ya ves, aquí estoy convencido de que solo tú puedes protegerme en lo que voy a hacer, y aunque sé que no me lo merezco porque siempre te he ignorado, te ruego que me eches una mano para salir vivo de esta.

Luego tomó la cantimplora, me dio la cadena con la medalla, me dio un abrazo y se fue agazapado en dirección a la Casilla de La Princesa.

Mientras tanto, sin salir de mi aturdimiento emocional, le fui siguiendo con la vista hasta que transpuso el horno de cal que hay antes de llegar a la Casilla; luego, por la distancia y porque la luna desapareció entre las nubes, desapareció de mi campo de visión.

No puedo precisar cuánto tiempo después, aunque a mí me pareciese una eternidad, percibí, a los escasos metros que la oscuridad en aquel momento reinante me permitía, dos sombras que se aproximaban en mi dirección. Por lo que, temiendo que se tratara de enemigos que después de tomar prisionero a Hilario venían haciendo una descubierta, monté con mucho sigilo el cerrojo de mi mosquetón y me agazapé a la espera.

Pero, antes de que tomara la decisión de hacer fuego, oí la voz de Hilario que en tono quedo me decía:

—Manolo, soy yo. No te preocupes por la compañía que traigo porque es buena gente.

Ya más tranquilo, aunque receloso pensando en que, a pesar de la bravura de mi primo, podían haberle forzado de algún modo a conducirles hasta allí para sorprendernos, permanecí oculto a la espera y sin responder.

Siguieron avanzando hacia mí las dos sombras, hasta que pude visualizar que efectivamente era Hilario, que traía en la mano lo que parecía una garrafa, y que quien le acompañaba venía a su altura y sin portar armas.

Entonces no pude reprimir mi alegría y salí a abrazar a mi primo quien me correspondió efusivo y, mientras me tendía la cantimplora, decía:

—Bueno, por el momento estamos salvados. Gracias a la Virgen de Portas Abiertas y a Eduardo, que no solo me dejó llenar las cantimploras, sino que me dio esta lata llena.

»Ahora nosotros tenemos que corresponderle con todo el tabaco que podamos, pues dice que es un gran fumador y lleva semanas sin catarlo.

—Bueno, para empezar —intervine yo—, aquí están estos dos paquetes de picadura que, aunque un poco machacados por los días en el macuto, seguramente los podrá aprovechar.

—Entonces, Eduardo —dijo Hilario—, si te esperas un poco, con estos dos y otros tres más que tengo escondidos en un agujero cerca de la posición, tendrás cinco. Así que me voy a buscártelos y de paso escondo la lata del agua.



—Estás loco —comenté—, tú sabes a lo que te enfrentas si te pillan por haber abandonado el puesto. Y a Eduardo se los podemos traer pasado mañana, cuando nos vuelve a tocar este servicio.

—No, que para entonces ya no estará aquí —me respondió Hilario.

—Así es —dijo Eduardo—, pero no vale la pena que te arriesgues tanto, pues con estos dos ya tengo para cuatro o cinco días y después ya veremos.

—Ya está dicho —replicó Hilario—, me voy antes de que termine el turno y vengán a relevarnos.

Y sin más se fue, dejándonos a los dos con la palabra en la boca. Así que, tratando de ocultar la enorme preocupación que de nuevo me embargaba, intenté entrar en conversación con el inesperado proveedor de agua, diciendo:

—Mientras tanto viene Hilario voy a presentarme: mi nombre es Manuel o Manolo como me llaman los allegados, y aunque seguramente habrás adivinado que somos gallegos, por el acento que tenemos mi primo y yo, te confirmo que efectivamente así es, somos de una pequeña aldea de la provincia de Orense que se llama Florderrei Vello. Y si entonces te preguntas porqué demonios estamos aquí, te diré que porque no nos quedó otro remedio si no queríamos que a nuestras familias les ocurriese algo. ¿Y tú?

—Bueno —respondió Eduardo—, mi nombre ya lo sabes, y soy de un pueblo que está a unos diez kilómetros de aquí llamado Azuara. En cuanto a porqué estoy aquí, pues casi por la misma razón que vosotros, con el añadido de que si me quedaba allí tenía que trabajar en el campo para la Colectividad, porque ya no podíamos hacerlo por nuestra cuenta como albañiles que es lo que sabemos hacer, así que me apunté como miliciano porque se cobra trescientas pesetas al mes y luchamos por defender la República, y como en el pueblo se están haciendo cosas que no me gustan me he venido al frente y tan pronto pueda me iré a Asalto o a Carabineros, como ya han hecho mis hermanos.

—¿Y de qué partido eres? —le pregunté—. ¡Vamos!, si no es mucho preguntar, pero como dices lo de defender a la República, supongo que pertenecerás a alguno.

—Pues ser, ser no soy de ninguno —me respondió—. El único de la familia que pertenece a un partido es mi padre, a Izquierda Republicana, de la que el resto somos simpatizantes. Y a lo que si pertenezco desde enero es a la UGT, como mi padre y mis hermanos que lo son desde diciembre, pero todos más que por convencimiento por necesidad, porque era la única forma de ser beneficiarios de la Cartilla de Consumo.

»Pero, a todo esto, tú solo me has dicho que estás aquí para que no tomaran ninguna represalia con tu familia; sin embargo nada respecto a tus simpatías políticas.

—Pues, aunque te parezca mentira —le respondí—, no tengo simpatía por ninguna tendencia política, porque cada cual va a lo suyo y el pueblo que se las arregle. De ahí que, si estoy aquí, es porque no tomen represalias con los míos, sino estaría en Portugal, pues no logro entender esta locura de que nos matemos los unos a los otros sin tan siquiera conocernos.

—Bueno, a mí me pasa ahora algo parecido —me respondió—, porque si bien al principio, por eso de que en mi casa simpatizamos con Izquierda Republicana y de ahí querer defender la República, vimos con buenos ojos la llegada al pueblo de la Columna Carod-Ferrer, después de ver las muertes que hicieron ordenando a los jóvenes del pueblo que previamente fuésemos a detener al que luego su Grupo Especial fusilaría, la verdad es que como en tú caso, si no fuera por las represalias que tomarían con la familia, me iría fuera.

—Y a dónde te llevan ahora —le pregunté—, porque como has dicho que pasado mañana ya no estarías, supongo que será porque te llevan a otro lugar.

—Eso me gustaría saber a mí —me contestó—, pero es posible que ni ellos mismos lo sepan. Me refiero a los de la 25 División, la mía, porque desde que han llegado aquí los comunistas nos llevan de un sitio para otro como lazarillos.

»Para tomar Belchite actuamos por esta parte, que es la que conocemos al dedillo porque desde el comienzo de la Guerra hemos estado por aquí, pero nada más entrar en el pueblo y para apuntarse ellos los tantos nos retiraron a Lécera el día 6 de septiembre, para volver a traernos poco después porque los de la 24 División no conocían bien el terreno y esto se había convertido en un coladero de «pasados»; y ahora, no sé para qué ni a dónde, nos retiran formando parte del XXI Cuerpo de Ejército donde todos menos nosotros son comunistas, los de la 11 División de Lister y los de la 45 Internacional de Hans.

—Algo así nos pasa a nosotros —le contesté—, ya que tan solo en un mes hemos estado en tres sitios y para eso desperdigados formando parte de otras Divisiones que no son la nuestra.

En ese momento llegó Hilario, quién todo ufano dijo dirigiéndose a mí:

—Ya ves, sigo siendo tan astuto y silencioso como un zorro. Nadie se enteró de mi presencia, menos mal que soy amigo, sino me meto en la trinchera con ellos y no se enteran.

—Ciertamente lo eres —intervino Eduardo—, porque yo no me enteré hasta que me pusiste la navaja en la yugular y me dijiste aquello de *«calladito o te sangro»*, *aunque estaba bien despierto y atento, pero claro está a lo que podía venirme de la parte vuestra, no de que me vinieran desde donde están los míos. Pero bueno, pronto me soltaste y no sé bien porqué.*

—Pues porque me di cuenta de inmediato que eras una buena persona, y al fin y al cabo lo que me interesaba era negociar contigo lo del agua, no matarte, pues jamás lo hice con nadie y creo que nunca seré capaz a no ser para defenderme.

»Y bueno, aquí tienes tu tabaco, con que cuando quieras puedes irte.

—Bueno, si me dejáis me fumo antes un cigarro con vosotros y luego me voy —respondió Eduardo.

—Vale, conmigo porque Manolo no fuma —intervino Hilario—. Habrá que tener cuidado porque las luces de noche se ven pronto y por muy ocultos que estemos aquí pueden localizarnos.

—No te preocupes —respondió Eduardo, con seguridad—, el

encendedor que tengo es de mecha y la luz que dé no es más que la de una brasa o como la de los cigarros, y eso lo podemos ocultar fácilmente.

—Vamos pues —dijo Hilario—, porque Manolo no fuma.

—Así es —asentí—. El que tenía y te he dado, lo guardaba para una ocasión como esta.

Y ya sin más se pusieron a liar los cigarrillos en la oscuridad, para a continuación, usando la guerrera que se había desabrochado como pantalla, proceder a encenderlos.

Pude ver entonces, a través de la abertura que dejaba la mano que sostenía el mechero y con la tenue luz de este, más nítidamente el rostro de Eduardo de lo que lo había podido ver a la luz de las ráfagas lunares que de vez en cuando iluminaban el escenario. Rostro que, por sus características especiales, ya no olvidaría: era casi el de un adolescente, con una incipiente barba y ennegrecido por la intemperie; denotando en su conjunto una mezcla de sencillez y bondad, que invitaban a la confianza.

A todo esto, mientras ellos fumaban plácidamente el cigarrillo manteniendo una conversación intrascendente en lo que, si no fuera por el tono quedo de sus voces, parecería la de dos amigos en un café, yo comenzaba a impacientarme pensando en que ya llevábamos cerca de una hora jugando de forma irresponsable con nuestra suerte.

Hasta que por fin Eduardo, tal vez por percatarse de mi inquietud o por despertarse también en él, dio por terminada la reunión con un:

—Bueno, creo es ya hora de que cada mochuelo vaya a su olivo, no vaya a ser que tengamos una visita no deseada. Así que ¡Hasta la vista! Esperemos que todo nos vaya bien y si volvemos a encontrarnos sea con esta puta guerra terminada y tomándonos un café.

A lo que Hilario y yo al unísono le respondimos: «¡Que así sea!».

